

LIBROS

La fe y la destrucción

Desde hace unos años circula insistentemente la idea de una agresividad innata, compulsiva, instintiva, del hombre. Contra lo que llamamos la Naturaleza, contra el hombre mismo. No es de extrañar que el mayor impulso científico —o aparentemente científico— a esta grave idea proceda de Alemania, donde no está dominado y resuelto el recuerdo de la guerra mundial y, sobre todo, el carácter de asesinato colectivo que se dio y se da a la parte alemana en esa guerra. Es lógico que toda una escuela quiera en cierta forma asumir su culpabilidad nacional diluyéndola al mismo tiempo en una culpabilidad específica: todos somos asesinos. Natos. Tan errónea es la idea de una culpa nacional (los alemanes no fueron culpables: vivieron una situación culpable, como otros pueblos en su Historia, y la culpabilidad se ha acentuado o se ha cargado por la derrota, como se hubiese cargado la de Estados Unidos por las bombas atómicas sobre el Japón si la Historia posterior y la información dirigida a la conciencia de la Humanidad la hubieran escrito sus enemigos; y a su vez no serían más culpables que otros pueblos en determinadas situaciones de su Historia) como la de un componente asesino o destructivo en el hombre.

La ideología de la agresividad específica divulgada especialmente por Lorenz (en España, de modo mimético y menor, pero amplificado por el medio de la televisión por Rodríguez de la Fuente) ha tenido varias respuestas. Una de las más inteligentes es la contenida en el libro de Erich Fromm "Anatomía de la destructividad humana" (1).

(1) Erich Fromm. "Anatomía de la destructividad humana". Siglo XXI de España, editores, traducción de Félix Blanco revisada por Ignacio Millán.



Erich Fromm.

Sería el contenido de esta respuesta, simplificado al máximo, una diferenciación entre instinto y carácter: el instinto buscaría la solución a las necesidades fisiológicas del hombre y las pasiones, "condicionadas por el carácter, soluciones a sus necesidades existenciales"; el hombre pondría su pasión de amar o su pasión de destruir en juego según las circunstancias sociales, "circunstancias que operan en relación con la situación existencial biológicamente dada y las necesidades que en ella tienen su origen, y no con una psique indiferenciada, infinitamente maleable, como supone la teoría ambientalista". Para Fromm, "tenemos que crear las condiciones que harían del desarrollo del hombre, ser imperfecto e incompleto —el único en la Naturaleza—, el objetivo supremo de todos los contratos sociales. La verdadera libertad y la independencia y el fin de todas las formas de poder explotador son las condiciones para la movilización del amor a la vida, única fuerza capaz de vencer el amor a la muerte". La necrofilia, desde todos los puntos de vista —desde el puramente patológico de seres aislados hasta la colectividad de un "instinto tanático", ya enunciado por Freud, pasando por las guerras y sus exaltadores y propagandistas, y por la obsesión de castigo a los criminales entre los partidarios de "justicia y orden" y la violencia y la destrucción que

obsesiona a algunos "revolucionarios"—, es la base principal de este estudio. Científico y pensador, Erich Fromm presenta en todos sus libros —como en el "Arte de amar" y "El miedo a la libertad"— una importante personalidad de moralista. En este libro es una permanencia, inspiradora de cada frase; y más concretamente en un epílogo sobre la ambigüedad de la esperanza, en el que se expresa la posición defendida en la obra: la de "fe racional en la capacidad del hombre para salvarse de lo que parece una red fatal de circunstancias que él creó". La palabra fe en Fromm tiene un sentido que puede discernirse en esta frase: "El optimismo es una forma de fe enajenada; el pesimismo, una forma de desesperanza enajenada". ■ H.

Don Juan, más allá de sus críticos

El doctor Gonzalo Rodríguez Lafora murió en Madrid el año 1971, silenciosamente, sin que el país supiese que había perdido uno de sus mejores hombres. Descubridor de los corpúsculos amiloideos en las células nerviosas, dio nombre a una dolencia epiléptica llamada "Lafora's disease". Fue el padre de una de las corrientes más importantes de la neuropsiquiatría española

y uno de los fundadores de la revista "Archivos de neurobiología". Su fama trascendió, al contrario, en el extranjero y su alta personalidad científica fue reconocida por abundantes Asociaciones y Universidades.

Ahora, Alianza Editorial ha tenido el acierto de publicar "Don Juan, los milagros y otros ensayos", serie de pequeños ensayos que dan una idea de la talla intelectual de Lafora y que suponen un acercamiento del científico a la problemática del arte, indagando la fenomenología de la inspiración o la posible esquizofrenia del arte —del cubismo y expresionismo en concreto—. Personalmente siempre me ha repellido la interpretación clínica de fenómenos que desbordan la problemática restringidamente especializada de quienes la aplican. Pero no cabe duda que en este terreno, la indagación española ha sido prácticamente nula y estos textos de Lafora testimonian los vuelos que tomaba la actividad cultural en España hace cincuenta años. ¿Quién podría suponer que el ensayo sobre don Juan procede de su publicación por capítulos en un diario?

Posiblemente de todos los ensayos que presente el volumen



Gonzalo R. Lafora.

sea el dedicado a don Juan el que tenga mayor interés. Concebido para contradecir las insostenibles tesis de Marañón en torno al mítico personaje, supusieron un revuelo tal que Corpus Barga se vio obligado a entrar en liza y publicar su artículo "Don Juan y los doctores". Lo más curioso del asunto es que la polémica, cincuenta años des-

EDICIONES PENINSULA

colección
HISTORIA/CIENCIA/SOCIEDAD

obras de
Eduardo Fioravanti

NOVEDAD

El capital monopolista internacional

Eduardo Fioravanti

H/C/S. 126 - 464 págs. - 530 ptas.

El autor formula las leyes resultantes del proceso de internacionalización del capital y de las relaciones de producción en la economía mundial capitalista. Este nuevo libro recorre minuciosamente las vías tomadas por el capital monopolista nacional y por el Estado nacional para alumbrar ese monstruo que es el capitalismo monopolista internacional.

PUBLICADAS

Miseria de la economía

I. Del marxismo científico al marxismo dogmático

J.G. Beramendi - E. Fioravanti

H/C/S. 117 - 368 págs. - 390 ptas.

El lamentable estado en que se encuentra desde hace tiempo el análisis de la realidad económica mundial lleva a los autores de esta obra a una crítica sistemática de toda la economía política anterior.

Miseria de la economía

II. En busca del rigor perdido
J.G. Beramendi - E. Fioravanti

H/C/S. 118 - 332 págs. - 375 ptas.

Un análisis de las diferentes escuelas de los neomarxistas independientes y los problemas fundamentales del análisis económico.

El concepto de modo de producción

Eduardo Fioravanti

H/C/S. 89 - 2.ª edición 284 págs. 300 ptas.

Partiendo del concepto de modo de producción y estudiando en una articulación dinámica única las tres estructuras que lo componen (económica, político-jurídica e ideológica), el autor muestra la necesidad de volver a leer detenidamente a Marx.

EDICIONES PENINSULA
Provenza, 278 Barcelona 8

pués de que se produjo, continúa en pie a pesar de la muerte de ambos protagonistas. Pero es que el tema de don Juan como pretexto literario o como contienda crítica no ha cesado al discurrir de los años. Se trata, sin duda, de un mito moderno, incomprensible fuera del universo judeocristiano, que sólo espíritus vulgares a la par que mediocremente sociologizantes pueden sentenciar concluido. De su perennidad a través del tiempo y lo distintos ámbitos culturales dan testimonio las múltiples versiones acaecidas, desde las interpretaciones freudianas —en el plano creador iniciadas "avant la lettre" por Lord Byron; en el de la crítica psicoanalítica, por Otto Rank— al esquematismo estructuralista —cantos poéticos de Michel Butor; análisis semiológico de Claude Reichler—, pasando por la ritualización patética —dramatización sacrificial de Ghelderode; "pathos" hipererótico de Bataille—.

Estos ejemplos no son, ni mucho menos, únicos. Contrastan simplemente, entre otros muchos, con la pobreza de la crítica española respecto al tema. A excepción de los esbozos socio-históricos pergeñados por Americo Castro, los juicios cortos pero sagaces de Pérez de Ayala y las lúcidas intuiciones de Bergamín, el resto es miseria. Ni el ensayo de Maeztu resiste un análisis serio, ni las teorías de Marañón pueden tomarse en consideración, pues si resultan científicamente discutibles, también están ayunas de las referencias antropológicas necesarias para una explicación válida del tema.

Aunque Lafora, médico al fin y al cabo, no buscó la explicación del mito de don Juan en la historia de las religiones ni se preguntó qué significado tenía su agresión a la fundación familiar, cuestiones ambas que hubieran requerido el auxilio teológico y un conocimiento de las estructuras del parentesco en el circunmediterráneo, sí se sirvió de sus conocimientos neuropsiquiátricos para ahondar en el tema hasta donde sus métodos le dejaran llegar. Lafora no supo, como ninguno de sus contemporáneos, que en la genealogía de don Juan está el "daimon" antiguo ni que don Juan es una transgresión de la ley, que es un héroe de la prohi-

bición, puesto que en la dialéctica del bien y del mal, establecida por la moral judeocristiana, lo prohibido es la parte del demonio. La pobreza de antecedentes culturales de la polémica española sobre don Juan es notoria. Y posiblemente lo único positivo que de ella se deduzca sea la aportación empírica de Lafora, demostradora de que el hipererotismo poligámico es un comportamiento sexual que existe, no más anormal que el del hipererótico monógamo, aunque sí más conflictivo socialmente. Naturalmente, su tesis no interesaba a la moral burguesa, para quien don Juan siempre ha sido una figura condenable, cuya fascinación trató Marañón de desmontar a través de alambicados y forzados razonamientos que destruyeran su imagen seductora. ■ J. C. A.

Los precursores de la identidad gallega

Quando en Galicia arrecia el debate ideológico y político sobre el "galleguismo" y el "españolismo", bueno es aportar al estudio de la cuestión los viejos textos clásicos que, en Galicia, duermen el sueño de los archivos y de empolvadas bibliotecas celosamente escondidas o irresponsablemente descuidadas. Eso que llamamos —con los eufemismos fraguados en los tiempos difíciles— "conciencia de galleguidad" es algo que existe en este país desde hace siglos, y que en el siglo XIX estalló en el brillante "Rexurdimento", cuando una serie de intelectuales liberales conectó con los sentimientos populares anticeutralistas. Una de las figuras intelectuales más descolantes de ese movimiento literario-político fue, sin duda, Manuel Murguía, marido de Rosalía de Castro, primer presidente de la Real Academia Gallega (en cuya fundación intervino Curros Enríquez) y autor de una Historia de Galicia en cinco tomos. Autor de una obra abundante y polémica, Alonso Montero se quejaba —en el prólogo de una reedición de algunos de sus trabajos, por Akal, en 1974— de que "para leer una buena parte de los escritos de Murguía hay que recurrir, casi siempre, al bibliófilo o al coleccionista", añadién-

do que incluso textos fundamentales de este autor no figuran en las mejores bibliotecas de Galicia.

Reeditar los clásicos gallegos es una necesidad urgente de este país que busca clarificar sus señas de identidad colectivas, tanto tiempo desvirtuadas o destrozadas por un colonialismo socio-económico y cultural. Y a esa necesidad parece haberse apuntado la resucitada editorial de "La Voz de Galicia", al reeditar, en facsímil, "Los precursores" de Manuel Murguía, cuya primera edición salió en 1885 (con una errata en la portada, que pone 1886), también de la imprenta del entonces recién nacido diario liberal coruñés. Entre una y otra, sólo hay otras dos ediciones, realizadas en 1940 y 1944 en Buenos Aires, el lejano centro de resistencia de la cultura gallega en los años oscuros de la inmediata posguerra.

"Los precursores" era un viejo proyecto de Murguía —como señala Juan Naya en el prólogo de esta edición facsímil—, quizá de 1862, cuando empezó las entregas de su "Diccionario de escritores gallegos", pero que fue posponiendo, en favor de ocupaciones más urgentes, hasta su publicación en 1885, y probablemente quedó incompleto, a juzgar por una cuartilla manuscrita —que también reproduce, por primera vez, esta edición



Manuel Murguía.